

DE PRONTO, ES AYER

Hoy sobre nuestros corazones se abate la soledad y locas enredaderas de duda tejen espesos muros, labrando entre los dos una distancia que parece insalvable. La tristeza se ha adueñado de la casa con tu marcha. Y es como si se apagase el sol, se borrara el mar y me faltase el aire.

Pero, de pronto, es ayer en la memoria. Y allí estamos tú y yo, de nuevo bajo ese cielo límpido y tutelar de los días ondulantes y casi exentos de apremio de la juventud, viendo el trasiego incesante de mercancías y pasajeros de los grandes buques, fotografiando el color mudable de las horas, la danza surreal de los reflejos en el agua de la dársena, los peces que platean, agónicos, las redes...

De la mano de esta memoria amparadora vuelve la alegría, pequeña y fresca, de un tiempo casi olvidado; vuelven la luz de aquellos días libres cuando tornábamos a nuestro refugio en la costa y el gozo de nuestros paseos hasta el faro, donde sentíamos el infinito en el confin del rompeolas...

Acuden a mí en oleadas los recuerdos. En los muelles, la superficie en ondas, esmerilada y verde, se irisaba. Olía a salitre y a brea del calafate. A los pescadores se los tragaba y los devolvía el crepúsculo, ahogados por las nubes de las gaviotas. Impresiones, emociones y vivencias se sucedían como huellas en el aire... Amábamos el mar y nuestro amor nació como Venus en sus orillas.

Te apasiona la fotografía tanto como a mí y en mi recuerdo te veo inmortalizando con tu cámara el puerto y la dársena pesquera. Subimos a bordo de las mamparras y luceros, para conversar con los pescadores de sus capturas, de sus fatigas en África o Finisterre, de cuando alguno, joven aún, emigró a hacer las mareas en Gran Sol, de la mar arbolada, de las inmensas olas del Atlántico... Retratamos sus rostros bronceados, sus miradas de fósforo, la adusta nobleza de sus rasgos ancestrales.

El muelle se dora bajo el último sol. Rebosa de espuma el vasto horizonte. Se perlan las astillas y los esqueletos de las barcas. Cantan la subasta del pescado en la lonja, rodeada de pequeños almacenes donde se apilan herramientas y redes. El bar del puerto huele a cerveza y marisco. Apiñados rostros conversan. Salpican sus voces como crestas de olas.

Desde la dársena, miramos los montes al fondo, anillados de nubes, ceñidas como las olas. Una bocanada de viento frío nos empuja. Nos estrechamos. Caminamos sumergidos en la tarde que declina. Arrastrados por la belleza y la dureza del muelle. Bulla de pescadores, gritos de trabajo en las embarcaciones. Algas y musgo pintan de verdín el atracadero; gruesas y gastadas amarras se abrazan, aferradas, a los norays.

Recuerdo los ocasos. Bailábamos como dos llamas en los ponientes de noviembre. Bogábamos como dos velas desplegadas en el mar del crepúsculo, al borde del tiempo. Nuestros besos guardaban el fuego del sol y saludaban a las primeras estrellas.

Pero ahora nuestros corazones pesan, desencantados, curtidos por la madurez, aborrecidos por la duda, cortados por el filo amenazante de una ausencia, tal vez definitiva. Corren el riesgo de convertirse en corazones desgajados, sin historia, tristes fardos que se hunden en un pozo de vacío.

Dime que lo recuerdas como yo. Dime que no te has olvidado de la fascinación que sentíamos por el mar y de cómo en sus orillas nació nuestro amor, radiante y libre, como una Venus de las aguas.

De este naufragio tierra adentro nos rescatará la memoria de aquellos días. De este oscuro abismo nos salvará nuestro recuerdo enamorado.

Hoy es ayer. El mar, nuestro amor, te llama, me llama, nos está llamando...

(Carta presentada al XXX Certamen de Cartas de Amor y Desamor 2024,

en su modalidad local, bajo el seudónimo: INÉS RÍOS)